***3. A. NIVEL DE PARTIDA DEL ALUMNADO***

***Los grupos bilingües*** suelen ser buenos académicamente – este año algo mediocres – aunque manteniendo resultados aceptables, siempre mejorables, en todos los niveles. El principal problema en este tipo de grupos es su tendencia a la charla y a la distracción. La competencia lingüística es fundamentalmente práctica y los alumnos tienen que participar de todos los ejercicios que se realicen en todas las áreas. En la mayoría de las ocasiones no respetan orden de palabra o se distraen en el comentario de una simple anécdota dentro del aula. Las clases teóricas sí suelen seguirlas en silencio.

Los padres de los alumnos de los grupos bilingües colaboran con los profesores cada vez que se les requiere.

***Los grupos no bilingües*** caen en la desidia del no trabajo y en algunos casos contienen alumnos bastante disruptivos. En la mayoría de los casos, estos alumnos no permiten que las clases avancen con la normalidad que merecen. Los resultados generales de los grupos no bilingües son malos, aunque en casi todos ellos se apliquen sendas adaptaciones grupales con un mínimo de exigencias en contenidos.

Los profesores tampoco notamos el apoyo de la mayoría de los padres de estos alumnos. Pocos de estos padres se involucran en la evolución académica de sus hijos, viendo en la figura del profesor un elemento hostil.

Debido al nivel socio-económico medio-bajo de la mayoría de las familias de nuestro alumnado y a la situación geográfica del municipio en un medio rural, se puede percibir un enrarecido orgullo identitario, que a su vez les crea un complejo idiosincrático, que les hace no querer mejorar en expresión oral y escrita. Estar orgulloso de la variedad lingüística andaluza y practicarla no es un problema, sino todo lo contrario. El problema está en refugiarse en la puesta en práctica de unas características erróneas y no querer conocer ni solventar dichos problemas. Muchos de estos alumnos se esconden tras los mal fundamentados tópicos del “señorito andaluz” y del “andaluz vago”, se sienten cómodos bajo dichos epígrafes y no hacen nada por cambiar dichos estereotipos. De hecho, la incultura generalizada les hace verse ridículos si alguno intenta informarse sobre los rasgos del andaluz estándar, o si simplemente intenta destacar en sus estudios.

El español consta de una diversa amalgama de dialectos dentro y fuera de la península Ibérica y el andaluz es uno de los más importantes. Desde el purismo centralista de Madrid, el andaluz siempre ha sido considerado una modalidad lingüística de clases bajas, de jornaleros y chachas. Nuestros alumnos están acostumbrados a ver esta falsedad histórica en series y películas de productoras nacionales y, todo ello mezclado con un entorno poco favorecedor en cuanto a aspectos culturales se refiere, hacen que estos crean que esto es verdad.

El dialecto andaluz siempre ha sido pionero y de gran influencia en la corriente estándar general del español. Hoy en día, el andaluz ha exportado fenómenos como el yeísmo o la desaparición de la “d” intervocálica (“sentao” de sentado) al resto de los territorios nacionales.

También existen una serie de rasgos totalmente aceptados por la norma culta andaluza, como serían el seseo y el ceceo, la aspiración o desaparición de la “-s final” (“mih amigoh”, mis amigos, aspiración de la “j” (o “g”) (“empuhón”, empujón), reducción y asimilación de grupos consonánticos (“prátticamente”, prácticamente), desaparición de ciertas consonantes finales (“verdá”, verdad).

El problema está en que, fruto del desconocimiento, nuestros alumnos van incluso más allá y comenten errores utilizando rasgos no aceptados por la norma andaluza, como son la evolución del ceceo a “heheo” (“nohotro”, nosotros), la neutralización de r/l (“armanaque”, almanaque) y las reducciones del tipo “mu” por muy o “pa” por para.

La conciencia y la creencia de estar hablando un mal castellano puede crear, como se mencionó antes, una bifurcación de sentimientos, como son las del complejo y el orgullo. El complejo puede venir por el hecho de creerse inferiores a otros ciudadanos del país por no conocer los rasgos normativos de nuestra variedad lingüística y tener en mente que están hablando un mal castellano. El orgullo puede aparecer por pensar que esa diferencia les hace especiales y aquí sí que se puede crear un contrasentido, ya que lo ideal sería estar orgulloso de utilizar la variedad andaluza acorde a la norma y no por usar coloquialismos y expresiones mal construidas, aunque generalizadas.

Estos dos sentimientos también interfieren en el aprendizaje de las lenguas extranjeras. Los alumnos se revelan ante unas estructuras sintácticas y una fonética distintas. No pueden aceptar una pronunciación con la que no son capaces de identificarse. En muchos casos, esta incultura de la que son plenamente conscientes les hace avergonzarse por creer tener que hacer un esfuerzo tan amplio en cuanto a pronunciación en inglés o francés, y de ahí sus complejos, aunque por otra parte, también les hace regodearse en “sus normas” erróneas y pensar que unas normas gramaticales distintas no les van a ser útiles en sus futuras vidas profesionales.